

EL CASERIO Y LA IGLESIA



Para el montañés basco, ya sea francés, ya español, el ambiente, el *medium* mejor de su existencia no lo halla sino respirando el libre aura de sus alturas, el aire que oreó su cuna en el caserío, perdido allá en la elevada cumbre, ó en la solitaria roca, y no vive ni goza, sino sobre sus hermosos montes, al pié de su tortuoso arroyo, y á la sombra del vetusto roble ó fresno, bajo los que se desarrolló en sus primeros días; se despierta con la aurora y contempla con inefable dicha cuando su vista tiende por el cultivado campo, la hermosa Naturaleza que despojada del sombrío manto de la noche, se presenta, siendo saludada su aparición por el argentino gorjeo de la reina de los bosques de la Basconia, por la régia *malvís* que en aquellas solitarias selvas lanza al ambiente su canto potente y de voz tan extensa como vibrante y melodiosa, llenando con sus ecos el silencio de estos bosques, ya despidiendo los rayos postreros del día, ya cuando derrama la luna su luz misteriosa, ya mientras presiente la del gran luminar que á los orbes alegra. ¡Qué feliz es entónces el montañés basco! Sus aspiraciones tiernas y sencillas no se hallan influidas por los males sociales; ellas se reducen á conservar el viejo caserío donde se albergaron sus nobles antepasados, á contemplar, cuando á la caída de la tarde fatigado y sudoroso vuelve de su cotidiano trabajo, su honrada esposa, sus amados hijos que reunidos en el hogar querido, solo su presencia esperan para que bendiciendo el pan que ha de alimentarlos, dé principio á esas modestas y frugales comidas, salpicadas con hermosos cuentos de antiguas tradiciones.

El caserío y la iglesia: los dos objetos que para el basco llenan la soledad de sus agrestes montañas. Si alguna vez se retira al primero para llorar sus penas, de él sale siempre lleno de gozo para presentar sus hijos á la cercana iglesia, para danzar en sus romerías, y para volver al calor de la lumbre, cuando cayendo las sombras de la noche

prepara su familia el alimento que ha de recuperar sus fuerzas, poniéndose después á machacar el cáñamo de que ha de salir la tela conque ha de vestirse, ó arreglar el arado que á la mañana siguiente ha de abrir el surco de la tierra.

Este fuego y este hogar, aún tienen para el basco mayor incentivo en ciertas épocas del año. Cuando cierra el invierno, las hojas se han caído y se han cubierto de nieve los campos, y se repite por el mundo cristiano que se acerca el nacimiento del Dios-Hombre, entónces el basco exclama: ¡*Gabon... Gabon...*! y donde quiera que se halle, ya alejado tras de los mares, ya en apartados desiertos, festejará la Noche Buena, y si está cerca de su caserío volverá precipitadamente esa noche á su paterno techo para asistir en familia á la nocturna misa, y oír después chisporrotear la lumbre y la castaña, en el círculo de su querido hogar cantando alegres villancicos y bellos *zortzikos* llenos de original poesía que encanta.

En otra época del año, cuando la primavera cubre con su vistoso ropaje á la Naturaleza, se alegran las praderas y los pájaros cantan, el basco celebra una de sus mas tradicionales fiestas, llena de fantástica poesía y que recuerda los espectáculos de sus primitivos tiempos: celebra el día de San Juan; el día de la víspera ocúpense los mozos en acarrear la leña que ha de alimentar la hoguera á cuyo alrededor han de danzar; las simpáticas *neskas* esperan con ansia la declaración amorosa que ha de hacerlas felices; los chiquillos en bullanguera cohorte saltan y juguetean en torno de las secas ramas, y los viejos gozan al contemplar tanta alegría y recordando sus buenos tiempos. ¡Cuánta ventura y cuánta sencillez! El silencio que en las montañas reina es solo interrumpido de rato en rato por el potente *irrintz* lanzado por los mozos que costeano las laderas descienden á la plaza donde se celebra la fiesta; de repente óyese un vocerío enorme mezcla de carcajadas, gritos y cantos; es la leña que se enciende y se convierte en monstruosa hoguera, esparciendo millares de chispas; forman á su alrededor mozos y mozas mezclados un gran corro, y empiezan á danzar entonando alegres canciones..... la hoguera se ha apagado, el alba aparece, y todos vuelven cansados y felices á sus caseríos.

¡El caserío albergue de sus prendas queridas!

¡La Iglesia, su consuelo y esperanza!

T. DE O.

